

# PEDRO DE VALENCIA, ENTRE LA PINTURA Y LA LITERATURA

(+ 13-I-1971)

Los personajes de la pintura de Pedro de Valencia habitan en casas desde cuyas ventanas se atalaya el mar azul. Los personajes de la pintura de Pedro de Valencia habitan en casas sobre cuyos tejados se cierne el cielo azul por el que cruza una nube grávida



«Mirando al mar», por Pedro de Valencia

de tornasoles. En la casa hay una consola ochocentista que soporta un fanal amparando el artificio de un diminuto bosque de corales, un manojo de florecillas silvestres y un libro que quedó allí abierto al interrumpir su dueño la lectura: el papel es muy blanco; la impresión, muy nítida; el tipo de letra, del que denominan los tipógrafos «Bodoni». Su autor puede ser muy antiguo y llamarse Paul Valéry, o muy moderno y llamarse Du Bellay; eso es, Du Bellay.

Plus me plaît le séjour qu'ont bâti mes aïeux  
Que des palais romains le front audacieux,  
Plus que le marbre dur me plaît l'ardoise fine...

La paleta de Pedro de Valencia compone el tricolor francés: azul, blanco, rojo. O el italiano: verde, blanco, rojo. Si azul, para las imágenes del litoral. Si verde, para las evocaciones forestales del interior. De tarde en tarde, se arremolina en sus pinturas un cielo gris de tormenta, pero pasa pronto, como en la *Pastoral* beethoveniana.

No quisiera callar aquí que los personajes de Pedro de Valencia aman la música y no se resisten al hechizo que mana de una partitura bien impresa, aunque quizá no acierten a descifrarla. Acaso guardan algunas piezas de piano, herencia familiar, que hojean abandonándose a la cabalística sugestión de fusas y corcheas, y aunque no sepan deletrear la melodía, les resuena en el alma.

Un poco russonianos, gozan de la naturaleza, del despertar matutino de los vegetales y el sopor vespéral de las bestiecillas y, russonianos también en ello, son un poco ensimismados paseantes solitarios que caminan bordeando espumas o escalando cumbres. Si fueron marinos, y muchos lo fueron, han navegado por todos los mares: hicieron la ruta del ámbar y la de las especias, la del té y la del café, la de los soles y la de los hielos. De sus navegaciones que he dicho, conservan un catalejo, una caracola de insólito iris, unos grabados ingleses, unas porcelanas exóticas, unos idólos tallados en marfil, unos breves tejidos que parecen de oro y otros breves tejidos que parecen de aire. De navegaciones muy distintas conservan la imagen indeleble de una muchacha acodada a la ventana con aureola de jazmines, el frágil cristal de una sonata escuchada cuando deambulaban una noche por las callejas de una ciudad cuyo nombre no recuerdan, un aroma que ya nunca han vuelto a percibir, unos ojos que ya nunca han vuelto a ver y un sabor que jamás han vuelto a degustar.

¿Estoy diciendo que en la pintura de Pedro de Valencia hay altísimas dosis de sensibilidad, de literatura? Pues eso.

JOSE OMBUENA

(Del libro *Valencia, ciudad abierta*.)

